

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

Biblioteca de la Sociedad Arboleda.—Volumen I.—POESÍAS DE DANIEL BAYONA POSADA.—Bogotá,—Imprenta y Litografía de Juan Casís.—1921.—Pg. XXIV × 119 en 8.º

El hecho de habernos autonombrado—lo confesamos ingenuamente—para venir a prologar la obra de Daniel Bayona Posada, pudiera parecer hasta jactancioso de nuestra parte; pero no, que muy distantes estamos de este sentimiento, porque si bien es cierto que somos los primeros en considerar que entre nuestros amigos de *la Arboleda* hay muchos que, con mejores capacidades que nosotros, hubieran podido acometer esta delicada tarea, y con plumas más bruñidas que la nuestra abri llantar la figura intelectual y moral del que fue *l'ami gâté* de nuestro modesto círculo literario, también es verdad que a nadie nos es dado ceder la primacía en tratándose del cariño y estimación hacia Daniel, y ésta la razón para que—igualados en nuestro afecto talvez por otros pero por ninguno sobrepasados—hayamos querido aprovecharnos de la primera oportunidad que se nos presenta, a raíz de su muerte, para testimoniarlo públicamente y dar fe de un dolor que antes no habíamos podido exteriorizar, por sobra de lágrimas en los ojos y falta de conformidad ante esta pérdida de un sér tan íntimamente unido a las fibras del corazón.

Queden estas razones, que acaso no lo sean para el extraño que las leyere, como una explicación que debemos a nuestros consocios, los buenos amigos de *la Arboleda*, por haberles arrebatado el derecho, que era de todos, de hacer la apología de la obra y vida de Daniel Bayona Posada, alma y vida de aquella Sociedad, que él supo aprestigiar con «la honra de su pluma y su fe de caballero,» según la fórmula ritual de nuestras ceremonias literarias, prestigio que ella hoy le devuelve agradecida con la publicación de sus versos, como perpetuo homenaje a su memoria y tributo de admiración hacia su obra literaria.

**

¿La vida de Daniel Bayona Posada?—podemos condensarla en estas tres palabras: trabajo, libros y hogar.

Como hombre acaudalado en talento y escaso, como sucede casi siempre, de recursos pecuniarios, vióse obligado, a la muerte de su padre, a enfrentarse con la lucha por la vida y, ayudado eficazmente por su hermano Jorge, tomó la jefatura de la familia, e inclinado, noche y día, sobre el mismo escritorio de su padre, siguió ganando el sustento de su madre y el de los suyos, dando educación a sus hermanos pequeños y satisfaciendo, con modestia pero con decoro, a todas las necesidades y exigencias de su alta posición social. Allí, en ese delicado puesto de la administración pública, que desempeñó por muchos años, hasta su muerte, con lujo de competencia y con rara honradez, lo vimos luchar con valor y constancia espartanos, estoico en el sufrimiento, sereno ante el peligro y lleno al mismo tiempo de fe en sus propias fuerzas y de confianza en el porvenir. Las tempestades lo acostumbraron a contemplar los escollos sin temor; la noche tormentosa sólo era para él un presagio de la aurora—pues sabía que para amanecer se oscurece—y los verdes islotes que a su paso encontraba le hacían soñar con las riberas apacibles, en donde un día realizaría sus castas y juveniles ilusiones. La nave, guiada por tan experto timonel, llegó a su término, y, dejándola bien anclada, corrió en busca de su anhelado ensueño, el de fundar su propio hogar, «asina lo mesmo que en la pinturita,» y añudó su suerte y las ternuras de su corazón a los brazos de virtuosísima dama, de raza de intelectuales, en la cual encontró, al par de todas las delicadezas y nobles afectos, un amoroso cómplice en sus aventuras literarias, cuyas últimas manifestaciones—justo es declararlo—tal vez no existirían a no haber tenido el constante reclamo de aquella compañera, que no podía conformarse con la mudez que en los últimos tiempos sufrió la lira de Daniel.

Cantando, y con su mujercita al lado lo sorprendió la muerte....! —Digno remate, en verdad, de una vida que sólo trazó su elíptica en los goces íntimos del hogar y en los espacios del Arte! ¡Cómo suenan de tristes y dolorosas, hoy que ha muerto, esas sus últimas estrofas, escritas en las riberas de lo humano con ritmos de eternidad! ¡Qué símbolo tan bello encontramos en ellas! ¡Qué adiós a la vida tan discretamente triste y qué oración tan escalofriante para pronunciada a la orilla del sepulcro!....:

Ya me muero, me pierdo en lo oscuro,
no resuello, ni an oigo, ni an hablo....
en el nombre del Padre, del Hijo
y Espíritu Santo....

Su temperamento esencialmente poético, su amor al estudio, su carácter ajeno a los bullicios mundanos, lo llevaron desde su edad temprana a buscar en los libros sus más fieles y constantes compañeros. *Non multa sed multum* era su lema en materia de lecturas, es decir, no gustaba de atibbrrarse la cabeza, ni de cosmopolitismos literarios, pero en cambio leía y releía sus autores favoritos, escogidos entre lo mejor de los clásicos y modernos de la madre España, y con ellos pudo formarse selecto gusto literario y un bien digerido acervo de conocimientos, los cuales supo aprovechar y devolvernos en composiciones que le aseguraron triunfos definitivos y renombre.

Esas sus aficiones literarias lo condujeron también a fundar, en unión de su hermano Jorge, de Gómez Corena, Escobar Roa, Suárez Murillo y varios otros, ateneos y sociedades de ese carácter, que por fin culminaron en el establecimiento de la *Sociedad Arboleda*, a la cual dedicó todos los frutos de su intelecto y en cuya marcha y prosperidad trabajó siempre con calor de fanático, con entusiasmo ferviente y con fe inquebrantable. Cuando todo flaqueaba en derredor, cuando el cansancio y la inconstancia de los socios hacían temer el derrumbamiento de la obra a que consagró

todas sus energías y talentos, él se encargaba de mantener el fuego sacro, entusiasmando a éste, convenciendo al de más allá, hasta que sus esfuerzos—ayudados siempre, es de justicia decirlo, por su hermano Jorge, cuyo nombre tenemos que citar de continuo porque con Daniel formaban un solo sér,—lograban revivir la llama extinguida del antiguo entusiasmo. Allí en ese ameno y divertido cenáculo de la *Arboleda*, tuvo Daniel su verdadero campo de acción, allí gozó su espíritu juguetón y travieso, las más intensas alegrías. Modesto como ninguno, jamás creyó que sus trabajos merecieran un comentario favorable y mucho menos un aplauso. Se sorprendía—lo vimos muchas veces—pero con sorpresa sincera, de que sus producciones fueran recibidas con manifestaciones de entusiasta aprobación; pero, en cambio, era el primero en felicitar al amigo que hubiera obtenido un triunfo: sus manos eran las primeras en aplaudir, sus brazos los primeros en estrechar y su entusiasmo el último en aquietarse. No conoció la envidia ni por asomo y, ocultando sus propios méritos, sólo pensó en hacer resaltar los de sus compañeros.

Entre muchos incidentes que pudiéramos traer a cuento para poner de relieve todo lo que valía Daniel en aquel reducido círculo de amigos, quiero dejar constancia de alguno, que pinta por sí solo cuánta era la general estimación que allí se le profesaba, y es el siguiente:

Usaba Daniel, como amigo de rancias costumbres, hermosa capa española, que jamás abandonaba en las noches y que por cierto manejaba con elegancia y soltura. Alguno de entre nosotros (Suárez Murillo) lanzó la idea de hacerle un concurso a la mencionada prenda, bajo cuyos pliegues fraguó el poeta muchos de sus versos y soñó acaso con los tiempos floridos de las rejas y los trovadores. Lástima, y grande, es no poder hacer públicas todas aquellas composiciones, que cual más, cual menos, todas encierran una declaración de afecto hacia Daniel y que, no obstante su tono festivo

y jovial, serían una corona más—anticipada en vida— a las muchas que se abrazaron, amorosas al fúnebre ataúd. Permítasenos siquiera copiar aquí el soneto que obtuvo el primer premio en aquel concurso, no solamente por los grandes méritos intrínsecos y de forma que encierra, sino porque él retrata de muy digna manera a Daniel y porque sé que éste sabrá agradecerme que asocie en estas líneas, siquiera sea de este modo, el nombre del vencedor en aquel torneo. El soneto dice así:

A LA CAPA DE DANIEL

Bajo tus pliegues amplios y severos
late un hidalgo corazón de oro,
y cubres con romántico decoro
al que es espejo fiel de caballeros.

Contigo hubiera, en tiempos lisonjeros,
asaltado la torre de un rey moro,
o hubiera manejado sin desdoro
la espada de los bravos mosqueteros.

En lances de pasión hubieras sido
escala en los balcones, si encendido
fuera tu dueño trovador amante....

O partido te hubiera en mil pedazos
para vendar con cuidadosos lazos
las llagas de un herido caminante.

Ricardo V. Pinzón

Y así era la verdad. Daniel no se daba a medias. Generoso y noble como pocos, estaba siempre listo a compartir, ya se tratara de llagas físicas o morales, de dolores verdaderos o ficticios, el sufrimiento de sus hermanos, y para él lo eran todos aquellos que reclamaban el socorro de su caridad, el consejo de su inteligencia, la llama vivificante de su corazón. A quien una vez tendió su mano como amigo, ya pudo ése contar con la sinceridad y el afecto, con la fidelidad absoluta y con el sacrificio incondicional. Aquella capa ocultaba todo eso y mucho más que no pudo aprisio-

nar nuestro amigo Pinzón en la red primorosa de sus versos, pero todos los que nos honrámos con la íntima amistad de Daniel sabemos bien que entre aquellos pliegues arrebujámos muchas ideas y calentámos muchos afectos, que hoy yacen poco más o menos que huérfanos, porque ya no existe quien los arrulle y contemple.

* * *

De sentirse es que a la luz meridiana de la publicidad sólo vengan hoy las canciones más o menos conocidas con que Bayona Posada escaló, muy merecidamente, las alturas de la fama. Entre las gavetas de su escritorio, accesible sólo a las manos de los íntimos, quedan muchas composiciones inéditas, de carácter meramente familiar unas, de estilo jocosos otras y parodias insuperables las más, pero todas ellas llenas de tan indiscutibles méritos, de tanta savia intelectual, que su ausencia en este tomo forma verdaderamente una laguna para los que quieran formarse cabal idea de los talentos, asaz originales, de nuestro buen amigo Daniel. Y a propósito, hasta cuándo habrá de seguir siendo norma este prejuicio de no publicarle a un autor las composiciones íntimas, cuando, precisamente por tener este carácter, deberían ser las preferidas, ya que ellas, sin disfraces ni afeites, dan la clave de la sinceridad del poeta y de su comprensión, lejos de los consonantes forzados, de las cosas y seres que le rodean?

Daniel había nacido para ser ingenuo y transparente como el agua de las umbrías montañeras. Su espíritu, franco y sincero, no entendía de recámaras, ni sabía enturbiar sus producciones con químicas literarias. Y si queréis, lectores, convenceros de lo que os digo, leed la primera composición con que arranca este libro de poesías—«Mis versos»—y decidme si en esas líneas no está condensada la mejor de las autocríticas y la más honda comprensión de lo que sentía y pensaba el poeta de sus propios versos:

«Cuando nacen, les tiendo mis brazos,
con amor paternal los contemplo,
y al mirar esos brotes del alma
con cariño ciego,
los veo tan sencillos,
los veo tan sinceros,
que no me preocupo
de curarles sus muchos defectos;
y así los recibo
y así los entrego....»

Así... sin pasarlos por las redomas de retóricas artificiosas, propias para concursos de escuela, pero no para el que, conociendo la técnica del verso, atiende de preferencia a la expresión sincera de sus ideas y sentimientos.

Con esta composición de «Mis versos» escribió Daniel algo en que palpita su ingénita modestia y también la conciencia, no por velada menos resaltante, de su propio valer ante la opinión de las gentes. Imposible también que no fuera así, si él sabía que no engañaba porque escribía con sangre del corazón!

Gemela de esta composición es la titulada «A las cuartillas,» en donde el poeta canta, de manera muy sobria y artística, las torturas de los que saben de *la mancha de tinta* y de las blancuras agresivas del papel que aguarda las audacias del pensamiento y las confidencias del alma. Oídlo:

Estas rimas, cual todas mis rimas—
de mi sér son sangrientas piltrafas,
que, a vosotras y a mí, solamente,
nos es dado sentir las, gustar las,
apreciar su monótono ritmo,
comprender sus fatídicas ansias
y saber lo que en ellas se dice
y también lo que en ellas se calla....

Quando siento en el alma fatigas
y el dolor mis sentidos embarga,
en las hojas de blanco papiro
deposito mi triste mirada
y un incógnito diálogo mudo
el papel y mis ojos entablan:
Yo le cuento mis muchas tristezas,

le revelo mis dudas amargas,
 el dolor que mi sér acribilla,
 el amor que mis carnes abrasa
 y los mil pensamientos oscuros
 que mi mente impasibles taladran....

El papel, inmutable, me escucha,
 no responde a mis súplicas nada;
 pero yo al traducir su mutismo
 veo que sufre conmigo y que calla....

En las dos composiciones que dejamos citadas, leídas con atención, encontramos la clave de la sencillez de factura de los versos de Daniel y aquella ausencia total de pretensión, que lo hizo, acaso por eso mismo, tan original y atrayente. El no rimaba para arrancar fáciles aplausos, a las gentes, sino para llenar una necesidad de su espíritu, y era en él casi un sistema huír de las ostentaciones literarias. Rogándole mucho y se puede decir que llevado a traición lográmos sólo una vez que recitara en público. Y todos podemos recordar—pues fresca está la fecha de aquella memorable noche—que la tribuna que él, miedosamente escaló para recitar su *Plegaria rústica*, fue un verdadero pedestal para su gloria literaria. Sólo a él, el más modesto de nosotros, le estaba reservado el triunfo de que un público numeroso y heterogéneo, y por lo mismo exigente, le pidiera el *bis* con aplausos repetidos y frenéticos, hijos del más sincero entusiasmo y de la más natural de las admiraciones. Basta leer esa joyita literaria para comprender que tales aplausos no podían significar otra cosa que el entusiasmo de la multitud, que si muchas veces se equivoca también sabe en otras hacer justicia ante el mérito auténtico.

Alguno ha dicho que no son las lenguas las que hacen las obras, sino las obras las que hacen las lenguas. Y hemos recordado esto al pensar en la técnica de los versos de Daniel, escritos casi todos en dialecto del pueblo, de donde sale y a donde vuelve toda verdadera poesía. El, con esas estrofas sencillas, naturales

como las flores del campo, ennobleció, a no dudar, el lenguaje vulgar de la gente de la gleba y supo triunfar como ninguno en esa empresa tan difícil y sacar partido de un arma, sencilla como la reja y el arado, pero muy complicada para el que no conozca el terreno que se ha de labrar, ni las semillas que se han de arrojar al surco, ni los frutos que se han de recoger. Daniel quedó, definitivamente, dueño y señor de ese género de literatura, y de la cima a que llegó no lo han de desheredar los continuadores de su obra ni amen-guar sus méritos con críticas más o menos insidiosas.

Se ha dicho en realidad y repetido muchas veces, que Bayona Posada no fue sino un imitador del ilustre cantor del alma murciana, pretendiendo deslustrar de este modo los laureles por él tan bien ganados en aquel terreno. Pero, preguntamos nosotros, ¿desde cuándo ha sido un pecado imitar a los maestros? ¿Es acaso la imitación sinónimo de plagio? ¿Fue un mismo escenario el de Vicente Medina y el de Bayona Posada? ¿El léxico del pueblo murciano tiene los mismos términos que los de nuestros bondadosos campesinos? Con esas disecciones, con ese estudio anatómico, no resiste ningún poeta, y todos serían reos del crimen de imitación, pues en todos podríamos encontrar, aplicando ese criterio, huellas más o menos visibles de los autores favoritos en que han bebido las fuentes de su inspiración, ya por el fondo, ya por la forma. Y, además, imitar la sinceridad de una poesía, dar con voz distinta una nota marcada por otro, no es perder originalidad, sino saber demostrar que se es apto para aprovechar los rumbos que nos marcan los que llegaron primero que nosotros y que nos dejaron amplio campo para ejercitar nuestra propia actividad.

Esa fue la falta de Bayona Posada; pero a fe que la literatura colombiana le debe un señalado servicio, pues supo enriquecerla con producciones que ponen una nota muy simpática y original, dígame lo que se quiera, en el acervo, ya bastante crecido, de las que

derivan su origen, servilmente trasplantado, del francés o el italiano, del inglés o el alemán, sin que a sus autores se haya abierto capítulo de acusación por haber hollado sendas más exóticas que las que trajinó Daniel al imitar a hombres de nuestra propia raza y de nuestra propia lengua.

Cuando de muchas de esas composiciones afrancesadas no quede memoria alguna, las notas del *Queréme*—que a fuerza de ser nacional ha roto ya las fronteras patrias—seguirán siempre dejando su honda y dulce cadencia en las almas y muchos enamorados, con la guitarra bajo el brazo, ante la ventana de la amada, seguirán entonando:

«¡Queréme chinita,
como yo te quero....!
no sias remilgada, no sias tan esquiva,
puñao de virtudes, piacito de cielo!....»

Y qué mejor triunfo? Apenas igual al que le dieron *Asina y Perico, Mariquilla y Pepe, Pachito y Juanita*, composiciones todas que el lector podrá saborear a su gusto si se interna por las hojas refrescantes de este libro y con cuya lectura podrá comprobar que Daniel Bayona Posada triunfó en este estilo de poesía, porque supo ser ingenuo y sincero y porque él sabía bien—como lo dijo Juan Maragall, gloria de la literatura catalana, al prologar las obras de Gabriel y Galán,— «que la poesía no es otra cosa que la palabra viva, la palabra palpitando todavía el misterioso ritmo de su origen divino en la boca del pueblo, que es su madre tierra, y que el poeta no debe ir a buscar la vivacidad de su poesía en las hojas de herbario de un diccionario de academia, donde no encontrará sino flores secas bien clasificadas, sino a los campos, a la boca del pueblo, a su dialecto, rural o ciudadano, porque la vivacidad de éste es la condición de la verdadera poesía, de la palabra palpitante de sentido.»

Esa forma poética adoptada por Bayona para hacernos partícipes de su mundo interior, se avenía per-

fectamente con la ductilidad de su temperamento, mitad niño y mitad hombre, y así se comprende por qué él hacía cosas grandes, mientras reía y retozaba, y por qué escribía frases sublimes con versos ingenuos, como los de *Perico*, el soldado que se va a la guerra y que querella a su esposa porque ésta quiere detenerlo con súplicas y lágrimas. Escuchadlo:

«.....
inorás negrita que está la bandera
de Colombia puallá pisotiaá....
Entonces, chinita,
¿por qué son tus lágrimas?
Por mí? Acaso valgo
yo más que la Patria!
Nó, no digás eso, secáte los ojos,
poné güena cara.
La Patria? Calláte.... la patria es aquello
que todos sentimos en l' hondo del alma.»

* * *

Ni fuerzas, ni tiempo tenemos para estudiar una a una las pocas pero jugosas composiciones que forman este tomo, y fatigante sería que viniera yo con prosa desharrapada, a decir malamente lo que en sus versos más bellamente nos canta Daniel. Mi pluma apenas sí se atreve a trazar su nombre en la puerta de entrada y a incrustar en este pórtico, que el cariño ha levantado a su memoria, unas cuantas frases, que son más bien una guía que un análisis y más bien un desahogo que una crítica.

Seguid, lectores, adelante y de sus propios labios escuchad la historia que, en fáciles rimas, os contará de su propia vida, de sus sueños de ventura y amor, de sus desengaños y dolores, y decidme si quien así canta, si quien así sueña, si quien así siente, no fue un alma blanca, un corazón generoso, una muy fina intelectualidad y un poeta que puso, sin pretenderlo, muy alto su nombre y muy alto también—por quererla—el de su Patria.

JUAN DE DIOS BRAVO

Bogotá, noviembre de 1920.

Universidad del
Rosario

Archivo
Histórico